

Nada Más Que Naufragios

"Son de Mar", de Manuel Vicent —Premio Alfaguara 1999—

El seno como condensa y el mar como muerte son el gran decorado frente al que se mueven los personajes de "Son de Mar", la reciente novela del sevillano Manuel Vicent, galardonada con el Premio Alfaguara 1999.

Martina, una joven tabernera, de rostro hermoso, que se ríe y vapulea una vez a Yul Brynner "vestido de enemigo" en la popa del yate Son de Mar tomando unas copas de champán que le servía un mayordomo". La visión representó la conciencia de sus fantasías abisales, aquellas que nadie más puede jamás conjurar.

El héroe, mística figura de cartón piedra, depósito de ilusiones y mundos adorables, es utilizado por Vicent como

aporta un relato ágil donde campea la corrosión de todo afán

bierno que marca a fango el devenir del relato. De hecho, Clóves Adriana, el anciano profesor de literatura clásica, desgarrado, escuchando de cadáver, pálido y antepajado, es amado como locura porque en él se constata el Brynner

que una vez vio Martina.

"Son de Mar" es una novela de náufragos. Del Naufragio, así, con mayúsculas, que significa todo vida dejada correr a su amado sin rueda, sin dirección, sin imprecisiones. Y la presencia del yate Son de Mar es definitiva; primero lujo, lustroso; luego eternamente presente, amarrado en uno de los muelles del Náutico, y hacia el final recto corrido, a flote por milagro, que se hunde inevitablemente cuando se le instilla la vida que nunca debió recibir.

Ulises y Martina se topan, se miran, dan y reciben. En la sombra de las aguas, allí bien arriba y bien abajo, en la oscura y blimeda caverna del profondo mar, se apuntan con furor, loigüéole a Martina la preñez y a Ulises el nudo del matrimonio. Porque clara, apurados debieron casarse, y el amor clandestino de Júnter, se transforma en pasos arrastrando un cochecho por las avenidas frente al mar, ese mar que Ulises conoció en la irrealidad de sus relatos de héroes griegos, de Odiseo y Homero, ese mar cuyo son le flama en la memoria.

El hastío de los debiluchos profesor por su vida en común con la rebeldesa de Martina —hastío que Vicent no se molesta en señalar con detalle— hace

que el personaje, insinuadamente, entre en la esfera de sus legendarios viajeros marinos y desaparezca sin rastro por días alegre. Su padre lo llevó, su hermano Ulises, prácticamente la libberiana, terminó casándose en breve con su acuadulco pretendiente de siempre, el expresionista liberdinero que acabó convertido en el hombre más poderoso del pequeño pueblo de la costa vizcaína.

Hasta allí, Son de Mar" se lee bien, con gusto. El enigma con que se inicia —esos cuerpos naufragios llegados al mar con ropa y flores de canario— sirve perfecto para atrapar el interés. Mas, la reaparición de Ulises con el pesquero prometido diez años antes resulta forzada, burla, como la acción central que de ahí en adelante llena las páginas del premiado libro de Vicent.

Quedan los que se quedan a cambiar no es verdad. Instinto ocurre todos los días, incluso después de salir sin nada más que un billete y decir "voy a comprar cigarrillo". Que regrese tampoco es tan extraordinario. Que regrese diciendo que "Marta, eres la mujer de mi vida", linda peligrosamente con la sensiblería cursi.

Vicent como que se apura, como que se deja llevar por lo que quiere decir, y el naufragio esencial lo agarra tanto al lector como a los personajes.

Y hasta que se quedan a cambiar no es verdad. Es la noche de la despedida, el de devorar lo que se dejó, que nada hacer, que nada dice. Vacío de todo menos de capacidad para responder a tanto arrullo crítico.

Mas, de impresión, ese tipo vacío lucha a morir con un cosquilleo y lo verás. Luego echa a navegar el Son de Mar y lanza la frase que para el broche de rigor, que es respondida con igual brividiaco empuje por Martina. Instantes después, todo se hunde, diluyéndose,

tanto a él como a sus personajes. Martina con su marido primario en calidad de amantes todavía pasa, pero que ello se dé en encierros crecientes, en una noche entristolada y lugur en el verano. Son de Mar, Histórica demasiado. Ulises viajó diez años por el mundo, convirtiéndose en un pescador en peligro, que diablos se deje encerrarse tan sencillamente por una madura tabernera que no puede sublimar sus fiebres? El tipo se transforma en instrumento sexual, como en esa película tonta donde un obeso amante temeraria —por el miedo al abandono— cortando en pedacitos a su chica y manteniendo viva únicamente la cabeza.

De tras día, Ulises vive el encierro entre candados, que se abren nada más cuando Martina quiere satisfacer su curiosidad carnal. Es la noche de la despedida, el de devorar lo que se dejó, que nada hacer, que nada dice. Vacío de todo menos de capacidad para responder a tanto arrullo crítico.

Mas, de impresión, ese tipo vacío lucha a morir con un cosquilleo y lo verás. Luego echa a navegar el Son de Mar y lanza la frase que para el broche de rigor, que es respondida con igual brividiaco empuje por Martina. Instantes después, todo se hunde, diluyéndose,



se las existencias en la selva marina igual que la champaña con que Ulises y Martina celebrenan, igual que el "Son de Mar" que Manuel Vicent inició brevemente en las páginas atrás. Así, lo que queda tras la lectura es un sabor a acciones de evanescencia, cuento donde el lenguaje se lleva por delante cualquier idea, cualquier propuesta, cualquier cosa útil para llevar a uno de esos atardeceres de la remembranza y la meditación.

J.P.D.

Nada más que naufragios [artículo] J.P.D.

Libros y documentos

AUTORÍA

J. P. D.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nada más que naufragios [artículo] J.P.D. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa